

Al respecto, reconocemos las diferencias entre la historia, basada en una pretensión de veracidad, y la memoria, alineada hacia un posible horizonte de fidelidad. Sin embargo, retomando a Ricoeur, queda claro que los autores apelan a su necesaria interdependencia, superando de esa manera el papel simplista de una historia convencional empeñada en corregir linealmente los “errores” del recuerdo; asimismo, apuestan por una lectura simbólica en la que la memoria reinventa permanentemente sus contenidos y se vincula en todo momento a una visión del mundo.

Por todo lo anterior, se agradece la publicación de un texto colectivo crítico y polémico por parte de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, el cual tiene la virtud de dar a conocer avances de investigación de los estudiantes del posgrado en Historia y Etnohistoria que encabeza la doctora Hilda

Iparraguirre y coloca en un mismo plano las aportaciones de experimentados investigadores y docentes pioneros en estos territorios, con las reflexiones más recientes de jóvenes y no tan jóvenes historiadores alejados de las marcas disciplinarias rígidas y acartonadas, los cuales se han formado en el campo de la frontera ambigua entre la historia y la antropología.

Otro elemento que es digno de remarcar consiste en el hecho de que la mayor parte de los investigadores forman parte de los universos analizados y estudiados, lo que los obligó a tomar una distancia crítica y a ejercer una narrativa que aprovechó la cercanía con las fuentes consultadas y al mismo tiempo requirió encender los focos de alerta metodológicos y epistemológicos para trascender la vivencia individual y contextualizar de manera adecuada, a fin de acceder a una lectura histórica de los fenómenos sociales. En este punto

salta a la vista la importancia de trabajar mediante una metodología de seminario para cotejar los avances de los investigadores y someterlos de manera permanente a la crítica colectiva.

Este tipo de propuestas representan todavía un punto de referencia poco utilizado en la historia tradicional de México y América Latina del siglo XX; y frente al predominio exclusivo de la documentación escrita, hace converger ideas y planteamientos procedentes de la historia oral, la antropología y la llamada historia “reciente”. Dicho texto colectivo pone en evidencia la enorme riqueza y utilidad de este tipo de planteamientos innovadores, aunque también subraya la necesidad de contextualizar los testimonios con otro tipo de documentos gráficos y escritos, toda vez que las imágenes y las palabras comparten una perspectiva ética construida desde la investigación.

Una mirada a la historia regional y de género

Rebeca Monroy

Samuel Villela, *Sara Castrejón, fotógrafa de la Revolución*, México, INAH, 2010, 151 pp.

Sara Castrejón, un nombre nunca antes mencionado en la histo-

riografía de la fotografía de nuestro país. Durante años como investigadores hemos buscado aquellas fotografías que nutran la fotohistoria nacional, es ahora Samuel Villela quien nos acerca a un personaje inusual y paradigmático por su labor profesional.

A partir de un encuentro aparentemente “casual” —como el mismo antropólogo percibe que supo de esta fotógrafa (más bien parece una “cita con la vida”, como dijo el escritor Jorge Luis Borges)— el día que festejaba la aparición de su libro sobre los fotógrafos guerrerenses,

los Salmerón. Ahí, sobre una chimenea, lo aguardaba ella bajo dos letras SC: Sara Castrejón. Siglas que resultaron ser mucho más que el sello de un gabinete fotográfico inmerso en una de las zonas más recónditas del estado de Guerrero. Gracias a las labores de Samuel Villela nos topamos con un poblado llamado Teloloapan, que era a finales del siglo XIX un pueblo productor de diferentes materias primas, pero también era el lugar de paso obligado de comerciantes, arrieros y visitantes. Sara Castrejón nació ahí y creció entre semillas de ajonjolí, jícaras, cueros, aguardientes, mezcales y quesos, mientras respiraba el aroma de las ricas maderas locales; también jugueteeó con el ganado, con los peces y se escondió entre la siembra, a la par de aprender los oficios de “mujer” (es decir cosió con seda, bordó con hilo, hizo vinos y licores de frutas, fue repostera y elaboró flores con papel y tela). Algo singular en este personaje femenino —y que le confiere un fuerte sabor a independencia al estilo de la queretana Natalia Baquedano— fue el hecho de decidir abandonar su pueblo natal a principios del siglo XX, para irse a estudiar a la ciudad de México, probablemente a la Escuela de Artes y Oficios de Mujeres (que era la única que impartía clases a mujeres), para prepararse y desarrollar su vocación de vida: la fotografía.

En este libro, el etnólogo e historiador por vocación, Samuel Villela, nos muestra, como suele hacerlo con sus investigaciones de fina factura y fascinantes historias (por ejemplo sus estudios sobre la familia Salmerón de Guerrero y la familia Guerra de Yucatán, en-

tre otros), una historia inédita, novedosa y aparatosa. Sara Castrejón, en las letras de Samuel, se convierte en una entrañable mujer que logró su sueño y regresó a su lugar natal a dotar de imágenes a su pueblo. Ahí la fotógrafa encontró una historia que capturar con el ojo de su cámara y luego hacérsela llegar 100 años después.

Por ello esta investigación cobra más presencia en las memorables fechas revolucionarias, así que festejemos con gusto esta historia *no oficial*, en donde este personaje femenino encarna de manera singular la labor que realizaban los fotógrafos locales al interior de la república. En Teloloapan, Sara Castrejón captó levantamiento contra el presidente Madero, encarnado por Jesús H. Salgado, bajo los postulados zapatistas. Las imágenes nos hablan de una historia que los más viejos de los locales recordarán, pues ahí se reunieron enemigos públicos y políticos, a los cuales la generalidad de los mexicanos no conoce.

El etnohistoriador y antropólogo Villela hace hablar de manera intertextual a estos materiales visuales, orales y textuales, los cuales ha recopilado. Así afloran momentos de desencuentro, negociación, rendiciones aparentes, escondrijos políticos entre los personajes que representaban a Francisco I. Madero a finales de 1910 y principios de 1911. Es cuando el coronel Aureliano Blanquet se convierte en general, gracias a su defensa de Madero. También el general Victoriano Huerta ganaba su lugar en el imaginario colectivo del tablero de ajedrez del maderismo, que a la larga los llevaría a ambos a la traición que aún parecía no anunciarse.

En este libro aparecen aquellos que posaron para la cámara de Sara Castrejón, como las jóvenes mujeres investidas de soldados (por ejemplo, la coronela Amparo Salgado), los batallones maderistas, las huestes rebeldes y diversos personajes colectivos e individuales. Es el caso del general Fidel Pineda, condenado a muerte y a quien Sara le dio seguimiento minutos antes de ser fusilado; la fotógrafa inmortalizó su muerte. Samuel Villela los analiza desde diferentes perspectivas, pues Castrejón trabajaba entre el retrato de gabinete, el fotodocumentalismo, el paisaje y toda clase de géneros fotográficos, los cuales realizó como vasos comunicantes con una conciencia visual e histórica, captando con una estética refinada los rostros de esa revuelta local armada.

Sara Castrejón deja ver su estilo particular de fotografiar al poner ramas de árbol en el piso, moños por debajo de las mesas, arreglos florales en las manos de las modelos cuando posan para su cámara, los cuales presenta como elementos constantes que participan en su iconografía particular y popular sin perderse en los cánones masculinos de la época, pues usó elementos muy femeninos ante sus férreos y fieros modelos. Para Samuel Villela, Castrejón fue la primera en fotografiar la Revolución mexicana; sin embargo, vale la pena considerarla al menos como la primera mujer mexicana reconocida hasta ahora que fotografió la Revolución desde Guerrero. Aún faltan muchos estudios por completar sobre las mujeres fotógrafas en el país, por lo que estoy segura que habrá muchas sorpresas más.

Es importante señalar que por sus trabajos Samuel Villela se coloca entre los pocos estudiosos que se adentran en la historia regional de la fotografía mexicana; pero también es de los pocos que elabora una mirada de género. Resulta indispensable conocer a esta invaluable mujer guerrerense, por su origen y por su actitud ante la vida, que incluyó a su hermana Dorotea como asistente en su labor cotidiana y a su hermano Joaquín como acompañante para cargar su equipo en las diversas batallas visuales. Asimismo, la decisión de permanecer sola, de no formar una familia, también nos narra una historia de vida que enriquece la concepción que se tiene de nuestras mujeres, de esa otra mitad del cielo que pocos, muy pocos investigadores —así en masculino— se han atrevido en rescatar.

La metodología que utiliza Samuel Villela muestra que no hay una fórmula escrita para el estu-

dio de los acervos o archivo gráficos. Su ojo fino, firme y decidido lo ha llevado a encontrar diversos materiales de este personaje femenino inusual, ayudando a la recuperación de nuestra historia *matria*, como la llama el mismo Villela, al retomar el concepto de Luis González y González. Con este libro, el incansable e irredento investigador Samuel Villela da muestra —desde la perspectiva regional y de género— de un doble aliento para continuar en este camino de polvo y plata que es el de la fotografía mexicana, y al cual estamos seguros que seguirá aportando enormes frutos. Su capacidad y tesón al abordar estos temas lo han llevado a un lugar privilegiado, ya que asume con gusto su interés por el rescate de la historia gráfica; además, por supuesto, muestra empatía por los personajes que hacen de la fohistoria un trabajo ejemplar. No me cabe la

menor duda... estamos en la antesala de lo que puede ser y serán los estudios profundos que aportan nuevas direcciones de investigación. Enhorabuena.

De los 5 000 mil libros que se jacta el gobierno de haber editado por el centenario de la Revolución, me parece que hay ocho o nueve que me atrevo a recomendar, los de: John Mraz, Ariel Arnal, Alberto del Castillo, Laura González, Miguel Ángel Berumen, Ignacio Gutiérrez, Daniel Escorza, y éste. Algunos de ellos se editaron bajo el sello del INAH, que cuenta con sus propios investigadores. Los trabajos antes mencionados son los que, a mi parecer, contienen el sello de la buena factura, la seriedad, la inteligencia que dicta la experiencia y tenacidad de un profesional que analiza las imágenes. El libro de Samuel Villela es por ahora una joya revolucionaria gráfica y de género que debe apreciarse.

Del comercio exterior mexicano

Luz María Uhthoff

Isabel Avella Alaminos, *De oportunidades y retos. Los engranajes del comercio exterior de México, 1920-1947*, México, El Colegio de México, 2010.

En esta época de globalización es común hablar de la importancia que adquiere el comercio exterior

en los diferentes países del mundo. En el caso de México, los especialistas han resaltado la relevancia de esta actividad en dos etapas de nuestro desarrollo capitalista; la primera, de 1870 a 1930, se caracteriza por un modelo de crecimiento hacia afuera, en donde tiene lugar un gran desarrollo del sector exportador, que es el sector más dinámico de la economía en esos años. En

la segunda, periodo llamado del capitalismo neoliberal y que abarca desde la década de 1980 hasta nuestros días, se lleva a cabo un apertura comercial, que deja atrás el mercado proteccionismo característico de los años anteriores. Muchos y diversos son los trabajos que se han realizado sobre estas dos etapas; de las investigaciones recientes con enfoque histórico desta-